







## Una chaqueta tirada en el césped

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Jorge Molina  
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788416179701

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.  
Cuesta del Rosario, 8 41004, Sevilla  
[www.lantia.com](http://www.lantia.com)  
IMPRESO EN ESPAÑA—PRINTED IN SPAIN

JORGE MOLINA

UNA CHAQUETA TIRADA  
EN EL CÉSPED

 EDITORIAL  
SAMARCANDA



**A**lgo tan extraño como sus padres conversando le despertó de la siesta. En realidad no se encontraba del todo seguro de haber dormido. La almohada se hallaba seca, pero juraría haber soñado con una chica rompiendo a llorar sobre su pecho por algo de lo que le culpaba. En fin, sus padres de charla, eso sí que resultaba raro.

En el móvil vio un mensaje de la China: le preguntaba si estaba vivo. Con menos motivos se había acercado a casa de su vecina en estos últimos años para que le hiciera compañía; o para convencerla de acostarse con él; así que, como tampoco tenía mejor perspectiva esa tarde, buscó sin prisas unos bóxers limpios en el cajón de la ropa interior. Por si acaso. Al fondo de las capas de ropa desordenada rozó con los dedos un cartón. Extrajo el título de licenciado en Comunicación Audiovisual de su sobre gigante por primera vez en los dos años transcurridos desde que lo guardó. Su nombre, Rafael Amador Cardoso; la firma del ministro; el sello anti-falsificación; escudo nacional, ribetes y fruslerías oficiales. El certificado del final de una etapa. Desde su salida de la Universidad nada excitante le había ocurrido. El recién licenciado se descubrió en medio de la realidad con un sombrío resultado: cayó en la cuenta de su falta de sitio. Y así seguía: un hombre —ya con 23 años— ridículo en el catre de su cuarto, en el adosado donde sus padres se evitaban, con su ropa de universitario alternativo y una actitud indolente.

Rafa Amador devolvió el título a su encierro bajo la ropa interior y se colocó los calzoncillos sin pasar por la ducha. Salió pitando en busca de la China después de sisarle diez euros a su madre de la mesilla del dormitorio, como de costumbre desde que le dejó sin paga para apretarle a buscarse la vida. Al bajar la escalera del adosado escuchaba, en efecto, a sus padres que hablaban en la planta baja.

—Salgo.

Pasó por la cocina sin detenerse. Hacía tiempo que no estaba por la labor de inmiscuirse en sus asuntos, fueran cuales fuesen. Le fatigaba verlos aguantarse, actuaban como peces en una laguna que se va secando y cada vez dispone de menos oxígeno disuelto.

—¿Te gustaría cenar con nosotros?

Su madre preparaba una ensalada con un surtido de ingredientes de tantos colores que resultaba poco apetitosa. Un mandil protegía de las manchas a un vestido que debía estrenar, pues nunca se lo vio antes.

—No sé qué responder.

—Pues solo hay dos opciones —intervino su padre, invisible desde el patio contiguo a la cocina, mientras enchufaba una manguera.

—¿Comer, juntos, en casa? —Rafa marcó con los dedos la secuencia.

—No estaremos solos, viene otro matrimonio —añadió la madre.

—Salgo. No me vayas a mojar la moto, que luego no arranca —dijo Rafa a su padre sin mirarlo.

El padre empezó a regar la zona del fondo de la parcela. Estuvo tentado, pero finalmente lanzó el chorro con cuidado de no salpicar al viejo ciclomotor que le regaló por su entrada en la Universidad. Ni siquiera entonces Rafa le dio las gracias. Tampoco contaba con que lo hiciera.

\*

Rafael Amador elegía siempre para ir a casa de la China la calle interior, a la que abrían todos los patios de los adosados de su barrio. La mierda de barrio donde vivía, como concluyó sin misericordia en su momento. Ciudad Jardín parecía una prometedora inversión, un conjunto de adosados de cuando empezaban a estilarse, con irresistibles porche delantero y parcela trasera, o viceversa, no se podía estar seguro después de tanta obra de reforma por parte de sus inquilinos. Las familias de medio pelo aspirantes a subir de clase social se mudaron creyéndose lo de alternar con abogados, médicos y arquitectos que publicitaba el comercial. Pero nunca ocurrió. En su mejor época sólo se medio llenó de lo que podría definirse como técnicos cualificados: vendedores de coches, gestores de comunidades, distribuidores de

máquinas de *venting*, administrativos interinos. Rafa los consideraba con cierto desprecio. Los veía como tipos al borde del precipicio económico oscilando entre la llave inglesa o el boli; el mono o la corbata; el domingo en una barbacoa decantando el vino, o en la peña gorgoteando botellines. Ciudad Jardín no era barrio donde esperar que te echaran una mano, aglutinaba demasiado fracaso oculto, nunca admitido y, sin embargo, evidente a la vista del óxido de la barbacoa, la maleza del parterre, y la obra a medio acabar para convertir la parcelita trasera en garaje.

En su misma calle se sucedían pruebas de la decadencia. Motos con las dos ruedas vacías, farolitas de jardín sin bombilla, baldosas oscilantes, nidos de vencejos. La publicidad en los buzones delataba con toda crueldad el grimoso estatus del vecindario del pueblo contiguo: fotocopias ofreciendo operarios para chapuzas, cuidadoras de niños, gimnasios con nombre nipón, locutorios colombianos, bazares marroquíes y comida para llevar con apariencia turca. También supermercados de barrio bautizados con el acrónimo del matrimonio que lo regentaba: 'Maybe' era el más cercano a su adosado; quizás Manolo y Belén, Mateo y Bego, puede que Mao y Bei-Li.

La China vivía en el penúltimo adosado, pegado al de esquina, el más caro y por eso nunca vendido. La China se llamaba en realidad Rocío, pero odiaba tanto ese nombre que nunca se molestaba por el apodo. Rocío Vera siempre fue la China, y siempre es mucho tiempo atrás, porque a ella la adoptaron cuando era todavía una costumbre exótica y los futuros padres lo ventilaban casi sin papeles, pues lo primordial consistía en llevar el dinero en un maletín con cierre abre-fácil. La China pocas veces resultaba una compañía alegre, su carácter se agrió en algún momento y así quedó. Rafa se introdujo en su vacío círculo de amigos íntimos cuando se la benefició por primera vez. Ocurrió sin sospecharlo, una tarde mediando tercero de Secundaria, el que sería el último año de ella en el instituto. En un banco del pasillo, al encorvarse un poco para indicarle qué apuntes entraban en el examen, asomaron los escasos pechos, con pezones carentes hasta de la borlita, que nacían de su escurrido y casi masculino cuerpo.

—Se te ven las tetas —comentó Rafa con entonación neutra.

—¿Te gustan?

—Mucho —respondió con precipitación. Pudo haber dicho la verdad pero, al contrario que el resto de la clase, quiso parecer agradable.

La China lo miró con la fijeza característica de sus ojos saltones.

—Vamos.

Y la acompañó al servicio de chicas de esa misma planta. Le masturbó con la mano, de pie junto a él. No necesitó mucho tiempo, pero en el entretanto ambos miraban con mucha atención el pene protagonista. Antes de que terminasen los diez minutos entre clases el asunto estuvo liquidado. Le desvirgaron sin el ánimo lubricado por un trago o un pensamiento lujurioso; ni tan siquiera era una tía que le gustara. Días después Rafa realizó la primera visita a casa de Rocío y lo hicieron en su cuarto. La China, escueta como siempre, sólo resoplaba por la nariz llegando al final, y él procuraba por todos los medios no ser oído desde las habitaciones contiguas por su hermano o su padre viudo. Desde entonces fueron amigos carnales, ciertamente de una manera lánguida, sin pasión, más bien por aprovechar que los adosados estaban cercanos. La China se quedó colgada con Rafa, por eso él se la tiraba sin muchas contemplaciones preliminares cuando sufría un achuchón. Sabía que siempre estaría ahí.

La China le abrió el trasero portón de su casa. Comía un yogur gigante con una cuchara sopera.

—Estoy vivo.

—Mi hermano ha montado un estudio de tatuaje —dijo ella.

—Impresionante ¿en los Comerciales?

—En su cuarto.

—¿Y qué hará, poner una placa en la puerta del adosado? No le veo futuro al negocio, China.

—Te estoy insinuando que necesita clientes —respondió colocándole un dedo en el pecho.

—No me jodas ¿para eso me has llamado?

—Yo no te he llamado exactamente; habrás venido por algún motivo que imagino. Te hará un precio especial, subes de mi parte...

—No me jodas —repitió con sarcasmo, resignado a quedarse sin el desahogo que esperaba encontrar.

El cuarto no aparentaba precisamente higiene. Tres tipos fumaban amontonados en la cama individual y el artista de la tinta ocupaba una silla con ruedas. Su hermano era hijo biológico de los padres, aunque en verdad él aparentaba ser originario de la China. Una vez repartió folletos de la escuela de artes marciales del barrio, 'Nunchako', y se le quedó el mote, claro: el Nunchako. Los fumadores eran los mismos que Rafa había visto con temor durante los últimos diez años acantonados cada noche en los Comerciales, la plaza con las tiendas de la urbanización. Los tipos se saludaban sin palabras, gustaban de golpear las palmas violentamente mirándose a los ojos. Él admiraba

cómo atinaban siempre, cómo no quedaban en la ridícula posición de palmear al aire, al modo del delantero caído con torpeza tras patear el vacío y no a la pelota. Pero así eran ellos, seguro que follaban con la misma actitud: mirando a las tías a los ojos en silencio para luego palmearles el culo y no querer saber más de ellas hasta la próxima hincada. Rafa imaginaba que eso las enloquecía, aunque no disponía de prueba alguna, carecía del carácter para tratarlas así.

—Este es mi amigo Rafa, para quien no lo conozca —dijo la China—. Toma, elige un tatuaje de esta página, de los pequeños.

—Lo que llevo son diez euros.

—Suficiente, hoy tengo justo esa oferta —respondió el Nunchako.

Rafa miró el menú de dibujos con el único criterio del que prometiese menos dolor.

—Éste.

La salamandra de suaves curvas aventuraba un trabajo aseado.

Después de unos preparativos, el hermano de la China se dio la vuelta con una aguja de tinta vibrando en la mano. Vestía una camiseta blanca sin estampado, quizás en un intento de aparentar una aséptica bata. El Nunchako componía una figura poco tranquilizadora en su estado normal, y mucho menos con esa cosa culebreando metálicamente, lista para aterrizar sobre su piel.

—¿Qué dibujo te has hecho tú? —preguntó al tipo del público que más conocía, el famoso Chevi.

—Ninguno. Nos dijo la China que vendrías; queremos ver cómo se lo monta el Nunchako.

—China ¿soy el primero? Esto es una puta emboscada —dijo bajito.

—Qué culto eres. ‘Emboscada’, la palabra exacta.

Los amigos del artista miraban más a Rafa que al *tattoo*, y el Nunchako de vez en cuando a una web con instrucciones. Cuando acabó de estamparle una salamandra tirando a iguana sin que profririera una queja, le invitaron a salir con ellos esa noche.

—Así estrenas el lagarto.

—Seguro que follas con eso.

Había superado la prueba. Lograba a sangre su primera cita con la pandilla de los Comerciales. El único universitario estaba a la altura del grupo gracias a que no emitió una queja a pesar de la escabechina sufrida en la pantorrilla, donde un plástico transparente protegía la tinta. Se tomó la pastilla que le dio el Nunchako para el dolor, soñando con que algo hiciera frente a las bacterias o la infección que pudiese

haber pillado. Enseguida notó que no se trataba de un analgésico. O no sólo de un analgésico. Caminó con un progresivo vacile hasta el punto de cita habitual entre los jóvenes desocupados de los adosados, feliz de que se hubiera olvidado de cobrarle.

\*

Los Comerciales fueron proyectados como lugar de encuentro de los presuntos médicos y arquitectos que habitarían Ciudad Jardín. En principio abrió un surtido de tiendas orientadas a las necesidades de vecinos de nivel. A saber: mobiliario de jardín, cuadros y marcos, croissentería-panadería con horno propio, bisutería, un italiano de esos con una velita en cada mesa y pizzas de masa fina —no se trataba de que hartara, sino de que deleitase—, y una sucursal bancaria.

Los comercios existentes a día de hoy se ajustaban mejor al público residente: un Súper Cerca, el único negocio capaz de mantener alejados a los bazares chinos y con su misma arma: un horario inasequible al sueño; el ciber, con teclados de letras difuminadas por el sudor ácido de los dedos; una tienda con chuches y revistas cuyo producto estrella era el hachís (“me dejaron en el puto paro, así que hago lo que me da la gana, peor es robar” —argumentaba Sole, ‘camella’ desde su despido de una empresa de limpieza de oficinas). Y, para completar el medio arco de los Comerciales, un bar de desayunos y cervezas que cerraba por la noche, peluquería y dos locales vacíos.

A la China se le habían unido dos amigas. Rafa demostró que se trataba del único desacoplado al saludar a las chicas con un tímido hola y no con el golpeo de manos. En una primera inspección, Valle le pareció la más deseable: por las tetas; el culo resultaba plano y ancho aunque el criterio de ella era justo el inverso y vestía con camiseta holgada y un pantalón tan caído que mostraba la mitad superior de las nalgas, donde emergía una palabra tatuada en cada cachete: ‘Chemical sisters’. La referencia a la inolvidable banda sonora de la generación pastillera de los hermanos mayores parecía, serigrafiada en su culo, una broma fétida. La otra se llamaba Desirée, una pija salvaje, teñida con mechas y de anguloso rostro. Su padre, militar, tuvo siete hijos hasta que la esposa murió en un parto, y todavía dos más con su nueva pareja. Desirée fue la que nació mientras fallecía su madre, y el drama

siempre le generó una culpabilidad que pagó con su familia. Su padre la golpeó en casa una temporada, en un intento de civilizarla cuando regresaba noche tras noche evidentemente drogada. Como la terapia no dio el más mínimo resultado, ahora no existía collar que la domara, y Desirée circulaba libre y agresiva, combinando ropa en apariencia desastrada con unos perfumes de cien euros el frasco, sin parar de retocarse delicadamente el rímel —solo ella lo usaba— con el dorso de los dedos.

—Son cuatro euros —anunció el Nunchako después de contar a los presentes.

Recogieron dieciséis, porque la China y las otras dos amigas no soltaron nada. Romero, con un peinado entre rasta y descuidado, volvió con cuatro euros tras acercarse a un grupo más joven en el que preparaban un peta con delicadeza.

Mientras ellas compraban el lote —güisqui, refresco familiar con promoción de doscientos mililitros gratis, seis vasos y hielo— nadie habló. Los chavalitos de al lado fumaron ceremoniosamente en lo que debía de ser una de sus primeras veces, pues sus ojos enrojecieron de inmediato.

—Aquí está el tema —la China interrumpió el silencio arrojando con violencia al suelo la bolsa de hielo para romper sus cubitos, gordos como huevos.

—Eh, eh, Rocío, se pueden hacer bien las cosas —dijo su hermano, cuya impecable camisa blanca realizaba el gesto de loco agazapado.

La China replicó a que la llamara por su nombre de carné con un nuevo golpetazo contra el suelo a la bolsa de cubitos. Repartieron los vasos de plástico. Desirée sacó de su bolso uno ancho de cristal. La botella de White Label gorgoteó hasta quedarse en un tercio ya en la primera ronda.

—La vuelta ha dado para una bolsa de chuches.

Las chicas cambiaban como de la noche al día con el alcohol limpiando sus cañerías. La China no, la China siempre parecía como cabreada. Valle y Desirée empezaron a reírse con cualquier cosa oída, mientras Rafa evaluaba ya con precisión cuál le convenía.

—Romero, debería darte vergüenza seguir pidiendo dinero a esos niños —dijo Desirée con la sonrisa de medio lado.

—Capulla, no pido, me pagan —respondió.

—‘Pa’ una vez que los libraste del moraco, te vas a cobrar bien el servicio de vigilancia —añadió Valle masticando hielo con un chirrido de dientes.

—En la Mearola buscan portero —terció el Nunchako, aburrido del tema de siempre.

—¿En serio? —dijo Chevi.

—Fijo, me lo contó un recoge-vasos del aparcamiento.

Chevi quedó pensativo, o eso hacía suponer su silencio. Ejercía de líder tácito por su actitud y por el hecho de manejar dinero gracias al curro de repartidor del súper. Un brazo lo lucía enteramente tatuado con pinceladas geométricas que rodeaban un nombre de mujer: Candé.

—¿Te has hecho un *tatoo*? —Desirée miraba la pantorrilla de Rafa, al descubierto por las bermudas que vestía.

—Sí, una salamandra, todavía está fresco —respondió, de repente en primer plano.

—Parece un sapo —rió Romero.

—Vas a cobrar, junlai —soltó el Nunchako— a ver si tienes tú huevos y te sientas en mi estudio.

—A ver si tengo pelás, colega; entonces pasaré por tu ‘estudio’ —replicó sin ocultar el sarcasmo.

—Esta noche podemos bajar a pillar algo a la botellona —comentó Chevi mientras se acariciaba el brazo de los tatuajes.

Todos estuvieron de acuerdo. En ese momento llegó el bus, resoplando como si respirase al salir del mar mientras abría las puertas con un ruido parecido a sartenes cayendo.

—Mira, como en las pelis —dijo Rafa.

—¿Cómo en las pelis? —le copió Romero.

—Hombre, eso de que cuando quieres un taxi aparece en tus narices uno libre, o que al llegar a la estación justo sale tu tren...

—Hostias, es verdad, qué bueno.

—Es que ha estudiado cine —apuntó la China con la sorna que el amigo ya le conocía.

Pagaron educadamente y en el fondo del vehículo ventilaron más güisqui, sin incomodarles la severa mirada del conductor reflejada en el retrovisor. En veinte minutos buceaban en la botellona de la capital, una masa de gente organizada en dos tipos de grupos: de ambos sexos o sólo hombres. Los segundos rumiaban su rango inferior al acecho de algún desliz para abordar a las chicas. Alguna que se acercaba a pedir

fuego, mantenía la mirada, se mosqueaba con los suyos..., o bien mediante la simple usurpación si los acompañantes parecían blanditos. Prácticas de riesgo elevando poco a poco la probabilidad de una disputa.

Terminaron el lote con un güisqui más por cabeza distribuido al centilitro por el riguroso Nunchako. Romero ofreció un frasquito que fue pasando de nariz en nariz; lo abrían y aspiraban tensos. Rafa los imitó y un golpe en la frente le echó atrás la cabeza.

—¿No habías probado el ‘popper’? Pues disfruta, primera vez solo hay una, colega —dijo Valle con dos lagrimones cayéndole y una mano apretando su hombro.

La amiga sabía de lo que hablaba, porque la sinfonía rap de los coches discoteca cobró sentido para Rafa; fluían las conversaciones, las chicas le miraban de reojo, hasta distinguía las bolsas del suelo que eran basura y cuáles una botellona todavía viva, como una candela que aún brasea y alrededor los gañanes eléctricos calientan sus manos extendidas. Le agradó esta imagen, aportaba un apunte bucólico a la jungla drogada por la que caminaba.

Chevi reía con un tono que a Rafa le pareció animal mientras inspeccionaba a los otros grupos. Le alumbraba un aura intranquilizadora, más todavía por su aspecto de grillado recién llegado de alguna playa. Chevi siempre vestía con ropa surfera: pantalones caídos, camisas de colores, sudaderas con extraños mensajes serigrafados, chancas o las Converse verde limón, que aceptaba también como calzado guay. Rafa le había visto muchas veces pasar tiritando por la calle, incapaz de renunciar a su devoción. El surfero nunca hablaba de olas o felices días de playa, ni siquiera del Campeonato del Mundo o lo que diantres celebrasen sus ídolos. Lo más, sus hermosos ojos pardo claro perdían la mirada en el horizonte, marcado en el barrio por el perfil desastrado y lleno de antenas del pueblo pegado a las urbanizaciones. Su mirada limpia brillaba desde el sucio graderío de los Comerciales, donde cada tarde inmóviles olas de cemento rompían sus sueños marinos.

—Ese pijo la lleva buena —a Romero, a pesar del piercing con borla en la lengua, lo entendía ahora Rafa con claridad (mágico el ‘popper’).

—Pues vamos a saludarlo, necesitamos otro lote.

—Tú conmigo, licenciado; nos vienes de puta madre.

Sin hacer preguntas se puso a mear junto a Chevi detrás de unas adelfas polvorientas, donde ya lo hacía el elegido: un tipo del montón,

de su edad, bamboleante por el alcohol, que lanzaba el orín como un aspersor, en ráfagas que a veces caían sin fuerza sobre sus propias sandalias de cuero Panamá Jack.

Romero y el Nunchako lo enfilaron nada más llegar unos segundos después.

—Tú, maricon, ¿qué le has dicho a mi piba?

El de las sandalias aún orinaba con inocencia cuando la bofetada le explicó su situación. Estaba ante un problema desconocido creado por dos cabrones desconocidos.

—¿Pero... qué piba? —respondió casi de espaldas, intentando guardarse la polla para que una posible patada hacia los testículos no le cogiera sin al menos la protección del pantalón.

—La que está ‘mu buena’, según tú.

La víctima dudó, la frase la había soltado varias veces esa noche e intentaba poner en pie sus recuerdos. Un fuerte empujón lo tiró al suelo. Seguía con las manos en la bragueta y cayó fácil.

—Eh, eh, colega —entró en acción Chevi—, este tío no ha sido, estaba a mi lado en la botellona; no ha sido él.

El elegido apoyaba las manos sobre la tierra empapada de meados para levantarse.

—Tío, te ayudamos.

Rafa lo levantó por las axilas a un gesto de Chevi, que le sacudía el pantalón sucio con amabilidad. Romero y Nunchako se quedaron simulando una mirada de hostilidad.

—Gracias, colega —dijo, todavía más borracho que asustado.

Nada más largarse trotando con la bragueta de botones abierta (pero su pene al fin dentro) Romero abría la cartera.

—Cuarenta y cinco euros —contó rápido—, estamos de potra con el pijo. Anda licenciado, zumbando al ‘Frontera’.

—¿Y las tías?

—No vamos a volver a la botellona para que nos quinquen los colegas del sandalias. Además, ellas saben dónde vamos —le aclaró Romero tirando al suelo la cartera destripada con un billete de cinco dentro, para que la víctima dudase si en realidad no se habría gastado el resto cuando volviera a buscarla.

Caminaron hasta el ‘Frontera’, un disco-bar en el límite oeste de la ciudad. Dentro nunca quedaba sitio, pero tampoco importaba; en la puerta se congregaba su atractivo: medio millar de almas en vela, drogadas y excitables. Si la botellona funcionaba como un ecosistema con

sus jerarquías, aquí los agentes químicos alteraban todo orden sensato, concediendo primacía a los seres de ambientes extremos. Llegaba el momento de las terceras rayas, pastis, o lo que fuese: las que no calman nada, las que no molan como la primera, las que enloquecen el ánimo y crean sensaciones de ansiosa urgencia.

Rafa se envalentonó cuando descubrió que el bote de ‘popper’ estaba en su bolsillo. La pócima le llevó a pasear con seguridad entre la masa, notando las miradas brillantes del éxtasis, los movimientos enérgicos de la coca, y pastosos por los petas; las oscilaciones a compás propias de los pastilleros o la falta de control de quienes eligieron ‘ice’. En su deambular pasó por segunda vez ante una chica apoyada sola en un coche. Se miraron.

—¿Quieres? —Rafa le enseñó el frasco.

—No, me está subiendo una pirula. ¿Te conozco?

—Sí, claro, nos dimos unos picos hace dos findes —mintió—, pero no me acuerdo de tu nombre.

—Sandra ¿Te has hecho un *tatoo*? —su tensa sonrisa no se alteró.

—Me encantas —dijo Rafa con prisas.

Acariciándole la mandíbula la besó suavemente por sorpresa y ella se dejó hacer con los ojos abiertos. La saliva le sabía a Sprite con un punto muy ácido. Ante el riesgo de que fuese un amago de arcada y terminara vomitando en su boca de un momento a otro, Rafa no metió mucho la lengua. A cambio le llevó la mano a su sexo, que ya abultaba.

—Oye, ahora no puedo, va a venir Chus —dijo Sandra retirando la mano.

—Joder tía, como la otra vez —añadió él elevando la trola mientras dudaba si Chus sería hombre o mujer: la chica tenía un punto homo, con la raya al lado en el pelo corto.

—No te rayes colega, búscame en Facebook, ‘Sandra Cula’ ¿pillas la broma? —dijo deslizándose entre la multitud—, como ‘San Drácula’.

—Sí, ya veo lo ocurrente que eres, ‘Sandra culona’ —respondió para sí.

Una treintañera bastante ida se le acercó pálida, casi amarilla. Miraba con una fijeza de miope, y un tirante de su camiseta se había escurrido hasta casi descubrir el pecho.

—¿Amigo, tienes algo de beber?

Rafa tomó con delicadeza el extremo del tirante y lo colocó en su sitio sobre el hombro.

—Mucho mejor, ‘popper’ —y movió en el aire el botecito—. Dos viajes si me la chupas.

La chica no dudó en arrastrarle con un tirón en el borde del pantalón hasta el otro lado de un seto, a resguardo de la multitud de aliens drogados.

—Pero el primer viaje, antes de la mamada —dijo ya de rodillas y con la camiseta descolgada, el pecho finalmente al aire.

—Vale.

\*

Juanlu Amador regaba la parcela del adosado evitando mojar la vieja motocicleta de su hijo, como le pidió al salir. Sabía a qué había ido Rafa a casa de la vecina y reía por dentro al pensar en el chiste: la China le estaría enseñando el búlgaro.

—Tú siempre con tu ironía: “pues hay dos opciones, licenciado”; así no mejoras nada la relación con tu hijo.

Yolanda, su esposa, le recriminaba desde la cocina mientras ultimaba la ensalada añadiendo más ingredientes de nuevos colores.

—Sí, la culpa es de mi ironía. Lo importante no tiene nada que ver en esto, sino mi ironía.

Juanlu abrió más el grifo, al máximo, mientras apretaba la boca de la manguera de goma para dividir el chorro de agua en dos; le divertía dibujar coreografías en el aire con ese doble surtidor. El césped resultó en su momento el estúpido anzuelo a la hora de comprar la casa en Ciudad Jardín. Lo vieron en la simulación del folleto, y luego en el adosado piloto, tan verde, tan edénico, irresistible. Yolanda y él se ennoviaron en la universidad y se casaron al licenciarse, cosa lógica cuando una pareja se halla tan compenetrada en gustos que se conoce durante una conferencia sobre la obra de Bryce Echenique. Ahora no sabría decir de ella ni el libro que descansaba en su mesilla. En una situación terminal como aquella resultaba inútil recordar cuándo el matrimonio se movió suavemente hasta el apagado: acabaron el sexo, los viajes y las peleas, en este orden. De vez en cuando alguno proponía un plan, como la barbacoa nocturna de ese día. Y nada más. Ella no trabajaba y el divorcio le resultaría poco rentable, con el hijo tan cerca de independizarse. Como a él le produciría algo parecido al pá-

nico el quedarse solo, pues daba por hecho que Rafa acompañaría a la madre por mera eliminación: su padre, jamás.

La pareja, como el césped, nunca agarró con fuerza. Veinticinco años llevaban en el adosado y a Juanlu —a pesar de su rigor con el riego— sólo le germinaban aislados tallos marrones de grama, un hierbajo odioso parecido a ciempiés paralíticos. Los mismos veinticinco años que de funcionario y de casado. Aquél, no le cabía duda, fue un año de mucha agitación: oposición, vivienda, boda... pura efervescencia en comparación con su actual vida, liquen sobre la granítica roca de la mansedumbre. En los ratos de mejor humor creyó haber tocado fondo, a punto de empezar a subir; pero en general procuraba no engañarse a sí mismo: aún se escurría hacia abajo. La congoja estaba fosilizada en sus huesos como esas fiebres leves cuyos dolores son hasta gustosos pinchazos romos bajo la manta. Toda aquella pantanosa realidad había comenzado sin embargo a esfumarse, a pinchar con dolor, cuando Ella entró en su campo vital. La aparición de Ainoa iba poco a poco dejándole desprotegido ante la inclemencia de los sentimientos. Lo notaba. Le turbaban de nuevo las anormalidades tan bien asimiladas desde hacía años: el rechazo de su esposa, la práctica inexistencia de su hijo. Su apaciguamiento como hombre y como persona. El embrutecimiento que genera la falta de felicidad y de sexo.

Yolanda conoció a Ainoa en el centro cívico al que acudía para sus cursos trimestrales de temáticas tan predecibles como entrenamiento de emociones, jardinería de interior, encuadernación o nuevos emprendedores en igualdad. Una tarde Juanlu recogió a su esposa de un seminario y apareció con Ella. Ainoa llenó el coche de un olor químicamente puro, limpiamente sexual, en el trayecto hasta su chalet —uno individual, en la urbanización habitada, sí, por arquitectos y médicos—. Le contó sus estudios sobre algo llamado diseño de paisajes. “Una pija”, pensó Juanlu al principio; “una pija de las buenas”, se insistió para espantar las turbadoras imágenes que le causaba.

Juanlu Amador apuntó la manguera a su cara y se mojó violentamente el rostro para despegar el recuerdo; vaticinaba un ambiente denso durante la inminente barbacoa.

—No sé si ponerle también cilantro a la ensalada —se oyó decir a Yolanda.

No le respondió, desconocía el sabor del cilantro, como ella ignoraba el precipicio que abría ante su marido al convocar esta velada, una cita a la que estaba invitado otro matrimonio, el compuesto por Luis, un tipo al mando de un departamento en el Banco Central, y Ainoa.

Yolanda apareció en el jardín con la verdura en un bol de madera, vistiendo un pantalón amarillo de cintura alta, sandalias de inspiración africana, blusa con flores respunteadas e incluso un pañuelo recogiendo su media melena teñida de castaño. Preparada para agradar, incluso se había puesto las lentillas y parpadeaba exageradamente.

—No pensarás quedarte con esa ropa, y mojada —dijo ella.

—No sé qué tiene de malo.

Sí lo sabía. En realidad iba a cambiarse para estar presentable ante Ainoa, pero disfrutaba quedamente haciendo rabiar a su esposa. Así de paso no sospecharía lo que le bullía dentro, en ese amplio corredor lleno de ventiscas entre el pecho y la entrepierna donde en su momento alojó sentimientos. Antes de subir al dormitorio dirigió de nuevo el chorro de agua a su cara. Mucho mejor.

Cuando sacó la cabeza por el polo negro, Juanlu vio desde la ventana de su cuarto a una de las chicas que alquilaban el adosado paredaño, tumbada con un bikini rojo sostenido por lazos en las caderas y con los tirantes caídos para no dejar marcas en sus hombros. Al pie de la tumbona reposaba una pila de apuntes. Se ajustó el sujetador para reducir su tamaño y absorber más sol y el movimiento dejó un pecho al descubierto, pero no pareció percatarse; movía la boca con los ojos cerrados memorizando algo. Desde la ventana el seto de tuyas entre las dos parcelas marcaba una línea impermeable entre su esposa, ahora cogiendo las pinzas de la vieja barbacoa con la punta de los dedos para no mancharse, y la vecina, que pasaba con delicadeza las yemas de la mano libre por su piel. La realidad y el deseo, la barbacoa y la fruta del paraíso. Amarillo versus rojo. Tuvo la tentación de masturbarse —ese día aún no lo había hecho—, pero el timbre de la puerta le sobresaltó.

—Pasad, pasad, qué puntualidad —escuchó abajo a su esposa.

Los nerviosos movimientos de bienvenida de Yolanda elevaron el grilleo de sus sandalias nuevas al rozar las baldosas de marmolina.

—Luis es así, me lleva a golpe de reloj —respondió una voz joven, la de Ella.

—Que me acabo de comprar, Rolex —rió Luis.

Juanlu bajó sin prisas, no las tenía todas consigo.

—Un sitio tranquilo para vivir —comentó Luis Gómez-Pineda al saludarle, aliviado de hallar una frase neutra sobre el viejo y grimoso adosado. Lucía zapatillas náuticas sin calcetines, pantalón Burberry y polo liso de Hugo Boss bajo un cinturón de pequeñas trenzas de cuero. Juanlu desplegab a un polo de Zara sobre las bermudas.

—Hola, Juanlu.

—Hola, Ainoa.

Ainoa Quintero-Sundheim Jaraquemada era diez años más joven que ellos y una de esas mujeres a las que siempre les quedan bien las gafas de sol, sea cual sea el modelo. Juanlu apreciaba mucho este detalle, incluso defendía la teoría de que le ocurría a las personas que no las usaban para ocultarse, sino como juego de seducción.

Entreabría los labios al hablar de forma que hacía visible la pirueta de su lengua. Juanlu miraba sin pudor ese músculo rosado, nadando desnudo y libre en fresca saliva recién secretada. Adoraba ver a Ainoa y a su lengua cuando iba a recoger a Yolanda al centro cívico.

El carrito de las bebidas trastabilló por las baldosas del jardín, desniveladas a causa del empuje subterráneo de la fibrosa y ciega grama del jardín.

—Fue el regalo de bodas de la familia de Juanlu —informó Yolanda sin motivo cuando cesó el tintineo de las botellas.

Luis pidió un Martini blanco después de repasar con aprensión el surtido de envases a medio terminar. Juanlu sospechaba que el Martini estaría caducado, pues llevaba en la casa desde la última fiesta, hace años, en la noche del cambio de moneda al euro.

—Me han soplado que eres un jefazo en el Ayuntamiento —dijo Luis dándole una palmadita a Juanlu, lo que le hizo brincar al temer por una décima de segundo que le hubiera pillado mientras escrutaba la minifalda de su esposa.

—Un jefe en Informática no llega a tanto.

Se resistía a devolverle la pregunta, seguro de que estaría encantado de responderla.

—Yo dirijo una especie de equipo de operaciones especiales del Banco Central —aclaró el marido de Ainoa sin esperar.

Le sirvió Martini con generosidad en la remota esperanza de silenciarlo a golpe de licor; o de causarle alguna intoxicación fulminante.

—Aumentan los clientes al borde de ser un problema, y ahora estoy dedicado *full time* a la tarea de ‘boina verde’ —añadió simulando el saludo militar.

Sonó un beep-beep y Luis sacó un iPhone. Mientras, Yolanda explicaba a Ainoa algo respecto a la pérgola de pino que los cubría.

Juanlu se esmeró en el trato a las chuletas y costillas, controlando una brasa moderada, midiendo la cantidad de especias, retocando la posición de las piezas de carne, sacudiendo de tanto en tanto la parrilla (no sabía muy bien por qué, pero lo había visto hacer a otros hom-

bres). Siempre odió pasar calor junto a las brasas, con el chorreo de grasa animal que luego limpiaría con esfuerzo. Hoy, sin embargo, le resultaba llevadero; todo menos obsesionarse de nuevo con Ella, como las otras veces, siempre al borde de dar un paso en falso. Se esforzó en recordar el bikini de la vecina. Buscó un hueco en el seto simulando colocar bien la camarera, pero nada rojo brillaba al otro lado. Allí no obstante seguiría, pues saltó por encima del seto el sonido de la ducha. El agua caía con un caliente sonido aceitoso, provocando una sensación resbaladiza y femenina. Quizás la chica intentaba liberarse del olor de la carne que atravesaba humeante la frágil mampara de tuyas. Juanlu imaginaba con resignación qué estaría pensando ella de unos vecinos tan predecibles, con sus barbacoas de sábado sobre una parcelilla de grama.

A ojos de Juanlu la belleza siempre otorgaba un poder especial. Quienes lucían un atractivo físico le generaban una sensación de inferioridad, por eso en busca de su disfrute iba empequeñeciéndose hasta acabar sometido. Y allí estaba Ainoa, diosa sedente sobre un taburete alto, desnucando con maña el gollete de un botellín en la repisa de la ventana. Ella y Yolanda se habían apartado fuera del alcance de sus parejas.

—La casa no es precisamente una mansión —comentó Yolanda consciente del estatus superior de su amiga, evidente hasta en su comportamiento.

—La mía ni me pertenece; será más grande y más cara, pero ha salido del bolsillo de Luis, no nos engañemos.

—Hay sentencias que te respaldarían si llegases a un pleito.

Ainoa se bebió medio botellín. Los cartílagos de su garganta subían y bajaban como un pistón.

—¿Te apetece buscar emociones en esa app de contactos?  
—preguntó al terminar de tragar.

—Sí, supongo que ligar por Internet estará más a mi alcance que yendo de copas.

—No te hagas la mosquita muerta. Y escucha: cualquiera liga hoy, están desatadas las hormonas por los aditivos de la carne o los matrimonios de mierda.

—No te apures, me da igual; parece divertido, y estoy harta de amigas hablando de sus niños o sus esposos; mejor es el sexo —añadió Yolanda bajando la voz.

—Resístete, que no te trague la fuerza oscura del aburrimiento.

Ainoa levantó el botellín y brindaron.

—Yo no tengo tu edad.

—Da igual, sabes que debes hacer algo antes de hundirte en el pantano.

Yolanda se retorció incómoda por el comentario.

—Vamos a salvar a tu marido de la verborrea de Luis.

El Martini al fin causó efecto en Luis, aunque justo el contrario al deseado. Dirigió locuaz las charlas de la velada con su infinita omnisciencia. Como todo tipo muy listo, no surgía tema en el que no terciara con alguna anécdota personal que le convertía en protagonista y autoridad en el asunto.

—¿Qué tal, señoritas?— preguntó el banquero pinchando una verdura violeta de la ensalada después de inspeccionar la carne.

—Le daba algunas ideas para la parcela, algo como un paisaje mediterráneo, combinando arbustos olorosos con algún frutal, y nada de césped, un derroche de agua —comentó Ainoa abriendo otra cerveza; hacía calor a pesar de que el sol pronto desaparecería.

—¿Vosotros no tenéis césped? —lanzó Juanlu.

—El derroche de agua del que se queja Ainoa lo pago yo —intervino Luis.

Juanlu aprovechó para entrar a la cocina a coger fuerzas y los vasos de vino. Abrió varias puertas, sin resultado, nunca se orientaba. Al girarse topó con Ainoa a su lado. Olía a gel.

—Me alegra volver a verte —le dijo.

—Y a mí; eres mi vecino preferido.

—¿Tendrás pocos, no?

—Los que conozco parece gente muy aburrida, ya sabes ¿tienes copas para vino blanco?

A Juanlu le turbó su mirada lanzada por encima de las gafas de sol. También el no saber qué sugería exactamente con eso de gente aburrida, ya que lo primero que se le ocurría eran personas justamente como él, un tipo incapaz de distinguir las copas para el blanco de las del tinto. Pero quería aprovechar su primera charla a solas con ella, rendirse al poder de la belleza sin la más mínima resistencia.

—¿Eso de diseñadora de paisajes da dinero? —comentó.

—Claro que no. Yo quise hacer Bellas Artes, pero mis padres se negaron. “Cualquier cosa menos esa gansada”. Y les fastidié con lo de *landscaper*, se dice así finamente. Lo aprobé en una escuela alemana de Menorca. Algún día se pondrá de moda y sablearé a diestro y siniestro —prosiguió ella recordando la pregunta.

—Espero que no seamos los primeros —dijo Juanlu.

—Claro que no, hombre, a ti te hago un servicio gratuito.

La expresión no pasó desapercibida. En el silencio Ainoa se tiró de la falda hacia abajo sin resultado.

—¿Conociste a Luis allí, en Menorca?

—No, de niña ya era mi vecino. Volvimos a encontrarnos años después.

—¿Y os va bien? —Juanlu se asustó enseguida de su pregunta, pero más de la posible respuesta. Oyó al fondo durante un segundo cómo Yolanda explicaba sus problemas con Internet, manoteando con riesgo de verter un vaso para cerveza lleno de vino.

—Aquí están las de blanco.

Ainoa salió de la cocina con dos copas en las manos dejando un chasquido de electricidad estática. Juanlu lo agradeció. Esa mujer convertía en cristales cortantes las sensaciones petrificadas al fondo de su alma, una úlcera de corazón.

—Oye, si os apetece podemos ir a la piscina —propuso Ainoa dándose aire con un aleteo de su blusa.

—Pues no sería mala idea —saltó Juanlu.

—Venga, coged el bañador, vamos en mi coche —zanjó Luis.

Juanlu subió presto al dormitorio a por una china de hachís, siempre de guardia en la mesilla. No se veía a la vecina. La carne de la barbacoa reposaba en la fuente de cristal, casi intacta y con la grasa solidificada en forma de grumos.

—Sic gloria transit mundi —farfulló.

El amplio jardín del chalet de Luis, en la urbanización de abogados y médicos, lucía, además de césped, abetos. Juanlu iba a comentar lo mediterráneo del paisaje cuando un carrito de bebidas llegó suavemente por un sendero sin el más mínimo desnivel a pesar de estar formado por pequeñas piezas simulando un mosaico romano. Una botella de cristal tallado llena de güisqui de malta iba en su proa. Lo empujaba Ainoa con un bikini negro y el trasero briosamente visible. Sin mediar palabra, dejó abandonado el artillugio para zambullirse en el agua azul.

—Está buenísima —gritó después de nadar unos largos a toda velocidad.

Juanlu abandonó el malta en el borde de la piscina antes de lanzarse. Sobrenadó el delfín de sonrisa humana y ojos bizqueantes dibujado con teselas en su fondo mientras ella braceaba de un extremo a

otro. Ainoa abría una estela sobre la que asomaba el musculoso culo, una nalga y la vecina a compás. Solo se escuchaba el limpio sonido del chapoteo de su cuerpo deslizándose sobre el pétreo delfín. Apuró el güisqui sin haber dado oportunidad al hielo para enfriarlo. El monstruo de piedra de sus olvidadas emociones abrió los ojos mientras Juanlu cerraba los suyos flotando boca arriba, mareado por el golpe de alcohol, molesto por el cloro, aturdido por la marcha del día, tan turbadora, tan excitante, tan parecido a la vida de una persona normal. Se entregó, sin temor a ir perdiendo el control de sus actos. Le llevasen donde le llevasen él no se resistiría.

El sol desapareció recortando al contraluz los chalets y sus innecesarias chimeneas. Pensó en sus pesadillas de siempre: su hijo, el trabajo de funcionario, los años transcurridos sin avance ni retroceso. Pensó en Yolanda. Le gustaría estar en el lugar de alguien que no fuera él. Alguien capaz de sobreponerse. En fin...

Tras verificar que ningún moco le colgaba de la nariz salió de la piscina.

—Juanlu, lo ha ordenado Ainoa: nadie se va sin por lo menos tres copazos en el cuerpo —informó Luis con nuevo vestuario, pantalón blanco y jersey de rombos negros y marrones Polo Ralph Laurent.

—Tienes una mujer encantadora, y muy sexy, debes quedar satisfecho— susurró el banquero lanzando un codazo que no alcanzó su cuerpo. Yolanda se duchaba con un bañador celeste que dibujaba una favorecedora silueta de espaldas.

Juanlu mantuvo silencio para evitar la fase de confidencias sexuales; no estaba seguro de poder soportar detalles sobre Ainoa. Se sirvió otro malta generosamente. Esta vez olió antes su pura promesa de elegante ebriedad.

Ainoa y Yolanda instalaron cuencos con frutos secos y condimentos para los gin-tonics en la mesa de hierro y madera, pintada para parecer despintada. Con las copas llenas prendieron unos cigarrillos mientras charlaban con las caras muy próximas bajo el abeto grande, en el que aún se apreciaban restos de guirnaldas de otras fiestas. Desde alguna parte sonó música de los Beach Boys.

—Nada como los hermanos Wilson para animar una noche de verano —gritó Luis mientras deslizaba las suelas al ritmo de *California girls*. Yolanda se le acercó balanceándose a compás. Al agitar su combinado salpicó alrededor sin darse cuenta.

—Los brazos a su aire, siéntete volar, esto es surf —dijo el banquero.

La mano libre de Yolanda se posó en el estómago de Luis, sopesando si el cincuentón se mantenía en forma. Empezaba a pasarlo bien. Olía a hierba y alcohol. Todos estaban alterados, quizás Ainoa a su manera también, soberbia con un vestido corto de seda y peinada su lacia melena pajiza con raya en medio. Juanlu dio un trago al malta mientras la contemplaba.

—¡Eh, Juanlu, saca la piedra! Vamos, no te hagas el tonto —le gritó Yolanda abrazando su cuello melosamente.

El gesto le hizo temer que ella esperara correspondencia; no quería eso, deseaba aproximarse a Ainoa; algo tan imposible como transmitirle afecto delante de su propia esposa. Una mano hurgaba en los bolsillos de las bermudas, una mano despreocupada que hasta dar con el hachís le rozó varias veces los testículos.

—¡Aquí está! Mojada, pero servirá.

La mano era de Ainoa. Le miraba interponiendo entre ambos con picardía la piedra de hachís. El porro lo hizo Ella, de nuevo superior a todos con las Ray-Ban verdes, con el pelo lacio, con ese karma templado que vibra alrededor de este tipo de finas potrancas con pedigrí. Con delicadeza quemó la piedra en el extremo de una aguja, desmenuzándola sobre el tabaco con tacto, muy lentamente y sin apretar; la punta de su lengua libre y rosa pegó el borde del papel.

—No digáis que soy un pureta —Luis simuló tocar la guitarra de Knopfler al empezar a sonar el segundo elepé de Dire Straits.

La noche reinaba, el canuto pasaba con una ceremoniosa lentitud que convertía a todos en chamanes, y Ainoa ya liaba otro. Tumbados en el césped descubrían las estrellas a medida que se hacían visibles. Mark Knopfler respunteaba *Lady writer*. Juanlu se mortificaba como siempre, preso de sus carencias, esclavo de sí mismo. Estaba harto del barrio venido a menos, del departamento de Informática, de los problemas que no podía contar a nadie, de masturbarse. Pensó en su hijo, sin que nada cálido emergiese para sepultar el repeluco que ocupaba la carcasa de su existencia. Nada más nacer, se le ocurrió la cruel idea de que ella conseguía así el justificante perfecto para no buscar trabajo. Quizás su deshilachado afecto por Rafael lo explicase semejante abominable idea.

Juanlu dio otra calada al peta. Se le estaba yendo la cabeza. Más que otras veces ante la presencia de Ainoa. Pero había decidido que hoy iba a ser el día y no tuvo la más mínima duda del paso siguiente. Apuró el canuto y se inclinó para pasar el humo a Ainoa de boca a boca, como en las fiestas de la Facu. Giró sobre sí mismo pero sólo topó con el césped. Ella estaba echada sobre su marido, besándolo

mientras él, con un chasquido de los dedos, seguía el excitante punteo de Knopfler bajo esa tensa carne follable. Yolanda dio una fuerte calada a un cigarrillo desde la tumbona. La brasa alumbró sus ojos. Miraba a la pareja besarse.

\*

Un mensaje vibró en el móvil a media mañana del también ocioso lunes de Rafa Amador. Reme proponía verle en el bar de la Facultad de Comunicación.

Remedios Santaella no cursó Audiovisual, sino Periodismo, aunque los dos compartieron asignaturas. Era de un pueblo de los alrededores y una currante incansable. Rafa admiraba a las Reme que había conocido en las aulas; perfectas conocedoras de lo que les esperaba si no se abrían hueco como licenciadas. En el caso de ella el fracaso le suponía pasar de fija discontinua a indefinida en el puesto ambulante de su familia, llevando bocatas, fritos y gofres a algún sitio diferente cada fin de semana. Una vez Rafa fue a visitarla a una feria cercana con el fin de, pensó entonces, aprovechar las copas gratis. Toda una idiotez; no supo salir del apuro cuando la chica asomó la cabeza pringosa de sudor y humo desde el agujero del infierno donde cocinaba para gente menos gilipollas que él.

—Rafa, tengo mucho curro —le dijo antes de desaparecer sin una sonrisa.

En el bar de la Facultad, Reme hojeaba un periódico gratuito con gestos de desaprobación a medida que leía titulares. No había pedido nada. Rafa se sentó a la mesa.

—Tengo un trabajo para el que necesito ayuda —le dijo Reme sin otro saludo que un gesto con la cabeza—. No es gran cosa, pero bueno... Un periodista escribe la biografía del alcalde, Félix Acuña. Se trata de pasar con urgencia al ordenador las charlas grabadas.

—¿Y cómo no usa el programa de transcripción de voz?

—No tiene ni puta idea de que existe; es muy mayor: Tomás Pernía, el subdirector de La Gaceta.

—¿A cuánto paga?

—Un euro el folio pasado a Word; lo quiere en Arial cuerpo 12.

—Vaya mierda. ¿Acuña es el gordo?

—Claro, el alcalde, ese de las vírgenes y los cristos.

—Vaya mierda.

—Ya, ya lo has dicho antes, ¿qué, te paso el pen con la entrevista, Mister Alegría?

—Claro, dame.

Le sonó un mensaje en el móvil, y Reme se aplicó a escribir la respuesta. Rafa guardó el pen y a la vez la calderilla dejada por alguien como propina en el plato del café. Cualquiera cosa sumaba en su esquelética economía; necesitaba pelas, y la noche anterior no había sacado nada del susto y las hostias al pobre pijo bebido. Romero decidió emplear los diez euros que tocaban por cabeza en compra de suministros. “Me los guardo y ya tenemos dos lotes pagaos”, había sentenciado su colega. Cobrará su ganancia laboral en botellonas con las que quizás olvide a un tipo con las manos embarradas en orín. Después de eso pasar a limpio las memeces del alcalde no le parecía muy humillante.

—¿Y cómo te ha llegado el encargo? —preguntó a Reme.

—Pusieron un folio en el tablón del vestíbulo y me lo quedé.

Ella parecía empezar a impacientarse con tanta pregunta. Guardó su viejo Nokia en alguna faltriquera del pantalón étnico.

—Vale, te paso los textos transcritos por mail —dijo Rafa.

El silencio resultaba incómodo. Sin la carrera de por medio se agotaban sus temas de conversación; eran muy distintos, de un modo que hacía sentirse a Rafa en inferioridad.

—¿Cómo te va?

—Por las ferias; con el inicio del verano empieza la gira. ¿Y a ti?

—Busco curro, y mientras diseño páginas web a negocietes del barrio —mintió él con su solvencia habitual, le avergonzaba revelarle su vagancia.

Se despidió con rapidez. Reme siempre parecía ocupada.

Rafa dirigió a casa de la China para preguntar al doctor Nunchako si podía quitarse el plástico de la pierna. Por la calle interior de los adosados detrás de cada portón los perros le iban ladrando. Años y años, y le ladraban ferozmente sin reconocerle. Cuando alguno asomaba el hocico negro y mojado por la verja se lo golpeaba con lo que tuviese a mano. Se enfurecían como diablos. Una vez apareció uno muerto, envenenado. Se alegró mogollón de descubrir que allí vivía al menos otro como él.

La puerta de atrás estaba abierta y subió sin más.

—¿China, tú de dónde sacas el dinero?

La China no le hizo mucho caso, maniobraba en el ordenador de su cuarto con un lenguaje críptico a medida que se le abrían ventanas solicitando claves.

—Ya lo puedes imaginar —respondió sin mirarle.

La habitación solo incluía una cama de aglomerado, un armario de dos puertas, una mesa y un Mac de pantalla tan grande que la China debía mover la cabeza de un lado a otro para leer.

—No imagino nada; tu manejas pelas, tía.

—No será por lo que tú invitas —volvió a responderle sin girarse y abriendo una web de bajada de música.

—Invitar a las mujeres es un anacronismo. Oye ¿esto son pastillas para dejar de fumar?

—¡Dámelas!

—Vale China, vale. Sólo quiero conseguir dinero.

—Mira Rafita, estás muy tierno para saber algunas cosas. ¿Quieres pasta? Habla con Chevi, un portero de discoteca igual necesita amigos que le ayuden.

—¿Consiguió lo de la Mearola? Bien por él, pero no me veo con la carrera terminada haciendo de ayudante del portero de la disco.

—Pagan, junlai ¿necesita más argumentos el señor licenciado?

—¿Mucho?

Rafa pensó en el pijo incapaz de cerrarse la bragueta.

—¡Rocío, he traído algo para cenar! —anunció su padre desde la planta baja.

Al oír su nombre auténtico bufó.

—¿Quieres quedarte a cenar? Seguro que es pollo asado, mi padre adora el pollo asado con todas sus jugosas hormonas.

Rocío no levantaba la cara de la pantalla. Rafa se incorporó.

—No puedo, me esperan en casa —mintió—. Suerte con el tabaco.

—Será para nada, pero tranquilo, lo de sufrir no se me da mal.

Rafa se marchó sin un gesto. Si había logrado evitar cualquier compromiso con la China desde aquella tarde del instituto se lo debía a su falta de escrúpulos para salir corriendo justo cuando intuía, como ahora, el peligro.

A las ocho de la mañana del lunes Juanlu Amador encendió la luz y luego su ordenador en el Negociado de Informática del Ayuntamiento. El resto de compañeros todavía se hallaba desperdigado en coles e institutos de la ciudad desembarcando a sus hijos y a los hijos de sus segundas parejas. Aparecerían con un primer café en la mano, de la máquina comprada a medias entre los compañeros del Servicio; o de charla pausada en el todavía fresco patio central. Una jornada más para los Caballeros Funcionarios.

La rutina de Juanlu hubiera comenzado, como cada día, con el repaso de los mails de incidencias de informática: averías, problemas, actualizaciones... Pero las oposiciones convocadas esa semana obligaban al montaje en la web del programa para facilitar que miles de licenciados en carreras sin futuro intentaran abordar las plazas de ordenanza, chófer o auxiliar administrativo disponibles. Un ejército que miraría compulsivamente la web varias veces al día, no se les fuera a pasar un plazo, una novedad, un algo.

Juan Luis Amador fue uno de ellos. Hizo las oposiciones porque de algo habría de vivir un licenciado en Historia, carrera tan cómoda como inútil en el mercado laboral. Él se excusaba alegando que su nota de Selectividad no dio para ingresar en otra Facultad de más nivel, pero realmente nunca sintió vocación por nada, ni aficiones, ni carrera, ni empleo. En Registro se hallaba incómodo, no le gustaba escuchar al público.

Cuando quedó libre una plaza en el Negociado de Informática pidió el traslado. Y allí que apareció con sus nulos conocimientos técnicos y una gran fortuna: el Ayuntamiento cambió de Apple a PC y ese reseteo de todos le permitió ponerse medianamente al día. Luego, la máquina administrativa giró. El ascenso reglamentado gracias a la perseverante labor sindical le elevó a la sub Jefatura del Negociado merced a la antigüedad y a unos cursos de mera asistencia corporal. Por supuesto, a pesar de su cargo, cuando debía enfrentarse a un ordenador con problemas su primera opción seguía siendo reparar las conexiones de los cables; y, la segunda, reiniciarlo. Pero Juanlu Amador no se engañaba. En el Ayuntamiento la clave del estatus real no la daba el puesto ni mucho menos la valía, sino que se baremaba a la hora del desayuno. Y él, en eso, picaba muy bajo.

Hacia las diez y cuarto, en los pasillos del edificio los Caballeros Funcionarios se agrupaban sin necesidad de palabras para marchar a algún bar cercano, donde camareros sin pausa para su propio desayuno esperaban a estos Amos de su Tiempo con una sonrisa de doble filo en los labios y la tostadora encendida. Los parias del edificio, no. A

los empleados marginados nadie los recogía para masticar tostadas. Y a ese grupo pertenecía él, Juanlu Amador, el subjefe proscrito entre los funcionarios municipales. Todo había empezado por su insistencia en el sarcasmo respecto a lo que él denominaba las “Tablas que Dios También entregó a Moisés con Los Derechos de los Funcionarios”, los sagrados privilegios gozados por todos sus compañeros desde la jura del puesto hasta la jubilación con sus seis mil euros de premio y la guinda secreta: la herencia del puesto por parte de algún familiar elegido por el jubilado a poco que hubiese contraído alguna enfermedad más o menos incapacitante, el excelso logro sindical que nunca había sido contado a la prensa por mera prudencia ante un previsible estallido social.

Juanlu, el muy infeliz, odiaba todas las monsergas de sus colegas sobre la falta de estímulo profesional; sus huelgas “por la dignidad de la función pública” con el solapado fin de sumar dos días más de libre disposición para completar el mapa anual de puentes festivos. Más adelante, se arrepintió un poco en lo de ser sincero, que no en sus opiniones; pero ya era tarde, estaba marcado como apestado y a él le daba pereza volver al redil expiando sus pecados a base de reír las gracias y participar en los rituales de los Amos de su Tiempo.

Con los años, además, había conseguido empotrarse para desayunar entre los de Archivo, un grupete de veteranos tan olvidados por los demás, tan gagás, que no sabían ni qué partido gobernaba la institución, ni qué partido jugó el domingo el equipo local. Resultaban sumamente afectados en cuanto al protocolo, ya fuera al entrar o salir de una estancia —siempre primero el jefe de Negociado, tan mayor que su primer trabajo fue vender máquinas de escribir—, como en el ceremonial alrededor de la Tostada Consagrada: un rato apasionante en el cual cruzaban argumentos sobre si mollete, romano o bollo; miga acuchillada o agujereada para empapar el aceite; taza o vaso de caña; azúcar moreno o blanquilla; removida hacia la izquierda o hacia la derecha...

—¿Os ha llegado la extra?

Lo preguntaba, a nadie en concreto, uno de los funcionarios de Archivo apelotonados en la concurrida barra; un tipo intrigante cuyo terso rostro aparentaba los cuarenta, pero que por el peinado y la forma de vestir debía haber superado los cincuenta.

—Sí, con la productividad nueva del ‘sabadete’ —respondió otro mientras le rechazaba al camarero la tostada.

—Te dije que la quería de la mitad de abajo del mollete.